

Simposio Misionero 2021

"NO PODEMOS DEJAR DE HABLAR
DE LO QUE HEAMOS VISTO Y OÍDO"

HECHOS 4,20

PONENCIAS

Simposio Misionero 2021

“No podemos callar lo que hemos visto y oído” Hch. 4, 20

Ponencias

Créditos

Pbro. Ricardo Guillén

Director Nacional de Obras Misionales Pontificias de Venezuela

Lic. Norma De Sousa

*Coordinadora Académica del Centro
de Formación Misionera*

Lic. José Luis Andrades

*Asesor del Centro de Formación
Misionera*

Edición

Lic. Enrique Cubero-Castillo

*Coordinador del Departamento
de Comunicaciones*

Diagramación

Imagen Creativa Digital



**Una publicación del Centro de Formación Misionera de las
Obras Misionales Pontificias de Venezuela.**

Índice

Palabras de apertura	4
P. Ricardo Guillén, Director Nacional de Obras Misionales Pontificias de Venezuela	
Que nuestra vida grite el Evangelio: Importancia del testigo creíble en la acción evangelizadora	8
Pedro Trigo, S.J.	
El testimonio cristiano como base de la acción misionera en la Iglesia. “No podemos callar lo que hemos visto y oído” (Hch 4,20)	13
Francisco Javier González, SDB	
Toda experiencia de misión habla al corazón	20
Ileana Tolosa	
Testigos de lo imposible; acompañando a los pueblos indígenas	27
Luis Ventura	

PALABRAS DE APERTURA

Apreciados Hermanos y Hermanas en el Señor:

Con ilusión y gratitud iniciamos este Simposio Misionero que quiere servir de antesala para la celebración del Octubre Misionero y la Jornada Mundial de las Misiones (DOMUND), que la Iglesia celebra el penúltimo domingo del mes de octubre. Hemos querido que este Simposio tenga como inspiración bíblica la frase de los Hechos de los Apóstoles que el Santo Padre ha elegido como lema del DOMUND 2021: "No podemos callar lo que hemos visto y oído" (Hch 4,20).

En su mensaje con motivo de la Jornada Mundial de las Misiones afirma el Santo Padre: "Al igual que los apóstoles y los primeros cristianos, también nosotros decimos con todas nuestras fuerzas: "No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído" (Hch 4,20). Todo lo que hemos recibido, todo lo que el Señor nos ha ido concediendo, nos lo ha regalado para que lo pongamos en juego y se lo regalemos gratuitamente a los demás. Como los apóstoles que han visto, oído y tocado la salvación de Jesús (cf. 1 Jn 1,1-4), así nosotros hoy podemos palpar la carne sufriente y gloriosa de Cristo en la historia de cada día y animarnos a compartir con todos un destino de esperanza, esa nota indiscutible que nace de sabernos acompañados por el Señor"

Para los primeros cristianos, como lo atestigua los Hechos de los Apóstoles, la proclamación del Evangelio no es solamente una doctrina o una regla, sino ante todo liberación concreta del hombre, por el poder de Cristo, de todos los males. El dinamismo misionero de las primeras comunidades cristianas se expresaba en la responsabilidad de todos por la evangelización y en el hecho de que el Espíritu Santo suscita personas con dones particulares para el bien común (1 Co 12,7), que sean signo, recuerdo y estímulo permanente del común proyecto misionero (Ef 4,11-123).

Son los misioneros que enviados por la comunidad y en comunión con ella, la ayudan a vivir su apertura a la misión universal. Los misioneros proclaman lo que han visto y vivido en sus comunidades sobre la vida en el Espíritu de Jesús y la fraternidad cristiana. Ellos enfrentan las vicisitudes cotidianas de la vida en cada comunidad donde se encuentran. Acompañando a las personas en sus angustias, dolores y penas. Viviendo en situaciones adversas, siendo testigos de la presencia de Dios en cada lugar. Lo que comunican, en definitiva, es su experiencia de encuentro personal con la misericordia de Dios, su adhesión vital al Evangelio, y el Amor con que han sido amados, en medio de sus luchas personales e insuficiencias humanas.

El testimonio de los misioneros regados por el mundo ayuda a toda la Iglesia a abandonar las posiciones ocupadas, sedentarias, unidas a espacios determinados y a personas conocidas. Con su actitud permanente de encontrarse con los demás testimonian que es posible la fraternidad, que las diferencias enriquecen a todos, que cada uno pueden tener lugar en el corazón paterno de Dios.

Como ellos también nosotros estamos llamados a hacer de nuestra vida una misión en este mundo. Francisco nos llama insistentemente a hacer de la tarea misionera el paradigma del ser y del actuar de toda la Iglesia. Misioneros, siempre en salida hacia los contextos humanos donde aún el Evangelio de Jesús no es acogido, antes con el testimonio que, con la palabra, como seguramente nos veremos en las reflexiones en este simposio.

Ayer en la Eucaristía de apertura del Año Académico de esta casa de estudios, el Cardenal

Baltazar Porras nos animaba a reflexionar sobre la necesidad de “pasar de una pastoral de la respuesta a la pastoral de la pregunta. De una pastoral centrada en los contenidos a la pastoral centrada en las personas. De una pastoral de la transmisión a la pastoral del testimonio. De la pastoral de la propaganda a la pastoral de la proximidad. De la pastoral de las ideas a la pastoral de la narración. Pero, sobre todo, de una pastoral que esté atenta a la interioridad y a la interactividad.

Es así, tiempos de búsquedas, de nuevos discernimientos, de cambios de paradigmas, tiempos en que la realidad nos impele a seguir transitando el camino de una Iglesia que sea creíble porque vive y comunica lo que oye y ve de la acción de Dios en el mundo.

Aprovechemos las reflexiones de nuestros invitados a quienes desde ya agradecemos su participación y pidamos al Señor nos ayude a ser cada día testigos alegres de su Evangelio.

Pbro. Ricardo Guillén
Director Nacional de Obras Misionales
Pontificias de Venezuela



Pedro Trigo S.J.

Sacerdote Jesuita venezolano de origen español. Doctor en Teología por la Universidad de Comillas (Madrid). Desde 1973 pertenece al Centro Gumilla (Centro de Investigación y Acción Social de la Compañía de Jesús en Venezuela). Ha participado como experto en el Concilio Plenario Venezolano que se celebró en Caracas (2000-2005). Sus publicaciones más recientes: El evangelio de Mateo orado. Universidad Javeriana, Bogotá 2020; Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo en el cristianismo latinoamericano. Sal Terrae, Maliaño 2020; Espiritualidad encarnada. Sal Terrae, Maliaño 2021.



Francisco Javier González, sdb

Sacerdote Salesiano venezolano. Doctor en Teología, Universidad Pontificia Comillas de Madrid (2018). Se desempeña actualmente como profesor de Sagrada Escritura en el ITER; Director de Publicaciones en el mismo instituto. Pastoralista de la presencia salesiana de la Parroquia María Auxiliadora-Centro Juvenil-Escuela Técnica y Centro de Capacitación Laboral Don Bosco de Boleíta. Sus más recientes publicaciones: El desenlace del seguimiento del discípulo amado a la luz de Jn 21, 20-24, Salmanticensis 67 (2020) 35-62; El paradigma eclesiológico joánico. Jn 21 como relectura del mensaje del evangelio, ITER Revista de Teología (2019) 7-16; Juicio sobre la realidad desde la visión cristiana en Medellín y en Puebla, ITER Revista de Teología (2019) 53-70.



Hna. Ileana Tolosa

Religiosa de las Hermanas del Ángel de la Guarda. Licenciada en Teología por la Universidad Católica Andrés Bello. Formada en el Centro de Estudios para Religiosos CER en Caracas. Con amplia experiencia en el sector educativo. Profesora de pastoral y de la Red de Apoyo por la justicia y la paz. Docente de la cátedra de Cristología Sistemática de la Universidad Católica Santa Rosa. Coordinadora del equipo de reflexión teológica de la Conferencia Venezolana de Religiosos y Religiosas de Venezuela.



Luis Ventura

Laico misionero de la Consolata, casado y padre de 4 hijos. Formado en Antropología y Ciencias Políticas. Actualmente es miembro del Consejo Indigenista Misionero (CIMI) de la diócesis de Roraima, Brasil, una entidad vinculada a la Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil (CNBB) y que lleva actuando hace 50 años en la defensa de los derechos de los pueblos indígenas en el país.

QUE NUESTRA VIDA GRITE EL EVANGELIO:

Importancia del testigo creíble en la acción evangelizadora

Pedro Trigo, S.J.

Muy hermoso y expresivo el título que me han dado, porque no significa que tenemos que andar gritando, sino que nuestra vida tiene ser tan límpida y diciente que la gente que toma contacto con nosotros se haga cargo de la fraternidad de las hijas e hijos de Dios que proclamó e hizo presente Jesús de Nazaret y que la vea como valiosa, deseable y factible.

El ejemplo de Francisco de Asís lo hace ver claramente. Cuando envió a sus compañeros a predicar el evangelio les dijo que, si era necesario, lo predicaran también con sus palabras. Les quería decir que el evangelio se predica ante todo con la vida, pero que también a veces es precisa la palabra. Como se ve, para él el testimonio era lo crucial: se evangeliza, en primer lugar, con la vida. Tiene que ser una vida evangélica, inspirada en el evangelio, es decir, en seguimiento palpable de Jesús.

También la primera carta de Pedro dice que estemos dispuestos a dar cuenta a quien nos pida razón de nuestra esperanza, se entiende que de la esperanza que trasunta nuestra vida (1Pe 3,15). En esta cita lo que evangeliza es el modo de vivir; la palabra es para dar cuenta de la fuente de la vida que llevamos, que, como la gente ve que es distinta de la del

orden establecido, provoca la pregunta de por qué ese desmarque de lo dado, un desmarque tan positivo, y de cuál es la fuente que lo hace posible.

Esto es también lo que dice sabiamente el dicho: “obras son amores y no buenas razones”. El amor a Dios y al prójimo, que es la fuente de la evangelización, si ésta es auténtica y no meramente proselitismo, como denuncia tantas veces el papa Francisco, se expresa, ante todo, con las obras. Una exposición meramente doctrinaria, no es evangelización; es indoctrinación, que es muy distinto.

Y es que, si la evangelización sí es realmente evangélica, es decir si decimos realmente lo de Jesús de Nazaret, pero no hacemos lo que decimos, la gente se queda perpleja y se pregunta: ¿hago caso a lo que dice o a lo que hace? Ahora bien, ¿tiene sentido que yo haga lo que él dice, si no lo hace él mismo? Como dice el propio Jesús: “médico, cúrate a ti mismo”, es decir, aplícate en primer lugar a ti mismo lo que me estás diciendo a mí.

Pero es que, además, es muy difícil que prediquemos realmente el evangelio, si no lo cumplimos, porque “el que no hace lo que

dice, acaba diciendo lo que hace”. Es que se necesita demasiada humildad para estar quedando sistemáticamente mal porque la gente ve que no hacemos lo que decimos que quiere Dios y predicó e hizo Jesús y que además es lo verdaderamente humano. Por eso, si el que predica no lo cumple, para no quedar él tan mal, a la larga tiende a diluir el mensaje. Desgraciadamente esto es lo que pasa con demasiada frecuencia.

Así pues, la importancia del testimonio en la evangelización deriva de que si el que predica no hace lo que dice, su testimonio no es creíble. Porque quien lo escucha es normal que piense: si éste cree en lo que me está diciendo, lo viviría. Si no lo vive es que no cree en ello; y si él, que lo predica, no cree, ¿qué sentido tiene que crea yo? Por eso, la causa de que muchos no crean en Jesucristo está en nosotros, los cristianos, cuando no vivimos como hijos de Dios y como hermanos de todos desde el privilegio de los pobres.

Es lo que denuncian muchas veces los profetas: que el pueblo de Dios es la causa de que los gentiles blasfemen de Dios, porque dicen “¡qué inhumano será ese dios que tiene adoradores tan inhumanos”! En nuestro caso, si los que llevamos el nombre de Jesús y nos decimos seguidores suyos, vivimos inhumanamente ¿cómo vamos a pretender hacer creer a otros que Jesús es el paradigma absoluto, trascendente, de humanidad?

No tiene sentido evangelizar a Jesús, a su

Padre y al mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios que él vino a instaurar, si el carácter de seguidores suyos no marca nuestras vidas, de manera que seamos en una medida apreciable seguidores suyos porque hacemos en nuestra situación el equivalente de lo que él hizo en la suya.

Es obvio que nunca vamos a estar a su altura y que por eso no nos evangelizamos a nosotros mismos sino a él y evangelizarlo es invitar a que lo sigan con nosotros, que estamos en camino, que no hemos llegado ni llegaremos nunca. Siempre se tiene que ver la distancia, una distancia infinita; pero también el influjo humanizador de Jesús, a quien seguimos, en nuestras vidas. En este sentido decía Pablo: “sean imitadores míos como yo lo soy de Cristo”. Él nunca pretendió sustituir a Cristo. Por eso, dice, no tiene ningún sentido afirmar: “yo soy de Pablo”. Quien salva es Jesús de Nazaret, no Pablo ni ningún otro seguidor. Pero sí se tiene que notar en una medida apreciable, que el que predica está salvado por Cristo, aunque todavía le falte mucho para seguirlo con total coherencia y estar completamente reconfigurado por la relación con él. Sí tiene que relucir en el predicador algo del modo de ser de Jesús y de su propuesta, para que su predicación sea fehaciente y atraiga.

Por eso, como el título que me han dado dice muy bien, lo que tiene que gritar nuestra vida es el evangelio, no una institución ni unas doctrinas ni unos preceptos ni unos ritos ni, obviamente, a nosotros mismos. Tiene que gritar la buena

nueva, que es una persona concreta: Jesús de Nazaret. Ya que sólo en él somos hijas e hijos de Dios y hermanas y hermanos de todos. Porque Dios tiene un solo Hijo eterno. ¿Y cómo se manifestó que nos había hecho hijos de su Padre? En el bautismo. El bautismo de Juan era de penitencia. Cuando le tocó el turno a Jesús, confesó los pecados con más dolor que todos los penitentes juntos de la historia. Su dolor venía de que tenía el corazón desgarrado porque en el centro estaba su Padre, pero también estábamos los que, más o menos, no hacíamos lo que Dios quiere. Al subir del río, dice el evangelio, vio que el cielo se rasgó, es decir, que su Padre aceptó su confesión, hecha en primera persona de plural, como hermano verdadero, y nos perdonó. Mientras Jesús no nos saque de su corazón, no sólo estamos perdonados, sino que somos hijos de Dios. Sólo al llevarnos Jesús en su corazón, en él, somos hijos en el Hijo. Y al ser todos hermanas y hermanos de Jesús, en él, somos hermanas y hermanos unos de otros.

Ahora bien, esa persona, Jesús, es una persona de la historia y por eso conocerla es conocer su vida, su historia, y conocerla como buena nueva. Y eso sólo se puede conocer a través de los santos evangelios. Por eso el evangelizador, si no se quiere predicar a sí mismo ni a la institución o al grupo al que pertenece ni a un Cristo dogmatizado, que es abstracto, que no tiene un rostro concreto, sino a Jesús de Nazaret, tiene que estar imbuido de los santos evangelios.

Estar imbuido de ellos nada tiene que ver con citar frases y más frases descontextuadas, que sólo sirven para probar la doctrina que llevo, sino que exige contemplar diariamente esa historia viva, esa persona viva, que aparece en ellos, para estar empapado de ella, de manera que se me vaya pegando su modo de pensar, de sentir, de relacionarse y obrar, y eso sea lo que trasuntan mis palabras.

Así pues, para que nuestra vida grite el evangelio, sí tenemos que contemplarlo diariamente como discípulos, tenemos que contemplarlo seguido, es decir un evangelio desde el inicio al fin (no el que toca ese día o el del domingo), para que se nos aparezca la secuencia concreta de su vida y no aspectos sueltos descontextuados. Y tenemos que contemplarlo para habérmolas en nuestra situación de modo equivalente a como él se las hubo en la suya. Para eso tenemos que conocer lo que él dijo e hizo y no menos nuestra situación. Así pues, para ser testigos del evangelio no sólo tenemos que contemplar diariamente los santos evangelios (insisto, no el evangelio del día, sino la secuencia de cada evangelio para que reluzca la secuencia de su vida), sino que además tenemos que tener un conocimiento interno de nuestra situación, es decir que la tenemos que conocer encarnándonos en ella, perteneciendo a ella, echando nuestra suerte con ella y no desde cualquier lugar social sino desde abajo, que fue como se encarnó Jesús, a quien evangelizamos.

Que nuestra vida grite el evangelio no puede

ser un eslogan vacío y tampoco es cuestión de voluntarismo. Nuestra vida no gritará el evangelio de Jesús de Nazaret, si no está animada por su Espíritu. Y sólo lo podremos discernir de otros espíritus desde la lectura orante de los santos evangelios. Sólo desde ella podremos seguirlo conscientemente. Pero esta lectura exige que nos comencemos preguntando, no qué nos dice a nosotros, sino qué dice. Y para averiguarlo es imprescindible mediar la distancia. Ya que Jesús vivió en otro tiempo y en otra cultura y los evangelios fueron escritos más tarde: dos generaciones después (el de Marcos), tres (los de Mateo y Lucas) y hasta cuatro (el de Juan) y, sobre todo los de Marcos y Lucas, en otras culturas y para gentes de esas culturas, distintas de la de Jesús y de la nuestra, aunque más asequibles a nosotros que los de Mateo y Juan, que al estar escritos en relación con el judaísmo, exigen al menos un conocimiento mínimo de él, que no equivale al Antiguo Testamento, ya que en sentido estricto se refiere al modo de vivirlo desde la gran asamblea de Esdras y Nehemías en el siglo V, después del regreso del destierro de Babilonia, que tendría bastante que ver con su última redacción, la sacerdotal. Sólo después de averiguar qué dice el pasaje que contemplamos, tiene sentido hacer silencio y preguntarse qué nos ha querido decir a nosotros hoy, que lo hemos contemplado como discípulos para seguir al Maestro.

Ahora bien, difícilmente tendremos oídos para escuchar lo que nos dice, si no estamos situados hoy en nuestra sociedad de modo

equivalente a como Jesús se situó en la suya: comprometiéndose con ella, desde su pertenencia a ella, pero no como mero miembro de ella sino desde su condición absoluta de Hijo de Dios, que conllevaba la fraternidad con todos desde el privilegio de los pobres. Desde esta situación en ella y este compromiso con ella buscó su salvación, que consistió en que todos fueran asumiendo esa condición de hijas e hijos de Dios en el Hijo único y de hermanas y hermanos en el Hermano universal.

Así pues, es el seguimiento de Jesús el que especifica el contenido de la salvación que predicamos como buena noticia. Si proclamáramos esos mismos conceptos sin seguir a Jesús, proclamaríamos meros conceptos vacíos de contenido. Sólo desde el seguimiento de Jesús, esos conceptos están cargados de realidad, una realidad provocadora y salvadora, ya que la salvación sólo se da a través de la conversión. Conversión, insistimos, no a una doctrina ni a una institución ni a unos ritos sino al evangelio: a la buena nueva que nos trajo Jesús y que él encarnó. Así lo dijo Jesús desde el comienzo: “conviértanse y crean en la buena nueva” (Mc 1,15).

Por tanto, la vida que grita el evangelio no es cualquier vida. No basta la buena voluntad. Ni equivale tampoco, de ningún modo, a hacer lo que se valora positivamente en esa sociedad. Es indispensable el seguimiento de Jesús con su Espíritu, es decir obedeciendo a su impulso, ya que él nos mueve siempre desde más adentro que lo íntimo nuestro. Los contenidos

fundamentales son la confianza filial en Dios y por tanto el vivir con esperanza en cualquier situación, aunque nos vaya pésimamente mal. Y, al estar en manos de Dios, vivir en paz, una paz que el orden establecido no puede dar ni quitar. Si esa confianza es real, tenemos que vivir disponibles a lo que Papa Dios quiera de nosotros. No podemos vivir centrados en nosotros mismos y buscar nuestro interés. Tenemos que vivir en relación y de las relaciones, relaciones horizontales, gratuitas y abiertas, relaciones de verdaderas hermanas y hermanos en Cristo. Tenemos que vivir entregados a los demás y recibiendo su entrega agradecidamente. No podemos vivir ni aprovechándonos de una situación injusta ni maldiciendo todo el tiempo de ella, sino con libertad liberada porque vivimos de estas relaciones. Por eso tenemos que fomentarlas construyendo comunidades y asociaciones hasta que se constituya un cuerpo social tan denso que haga posible una alternativa superadora. Sólo una vida así grita el evangelio. Y es bueno, incluso imprescindible que lo grite también con la palabra, pero la palabra del que vive evangélicamente. Amorosa y servicialmente, como Jesús.

En concreto vivir como hermano de todos en una sociedad tan polarizada como la nuestra entraña desmarcarse de ambos bandos, porque, aunque sí tenemos un juicio bien concreto

sobre ella, sin embargo, nuestros adversarios son nuestros hermanos adversarios. Y no se trata lo mismo a un adversario a secas que a un hermano adversario. Cuando se combate a un hermano adversario, se busca no sólo que se haga justicia a la realidad y que no se oprima ni excluya y que haya en toda una verdadera deliberación, sino también se busca el bien de esos hermanos, que pensamos se han deshumanizado. Y por eso no los borramos de nuestro corazón y pedimos a Dios por ellos. Y no los excluimos de una alternativa superadora. Aunque sí pedimos que cambien. Y correspondientemente no decimos que sí a todo lo que dicen y hacen los que están en el otro bando. El buscar el bien de todos desde el bien de los de abajo es para nosotros un principio absoluto, sacado de nuestro seguimiento de Jesús. Y nos lo tenemos que aplicar a nosotros mismos y a amigos y adversarios. Si nuestra vida grita el evangelio a lo mejor encontramos muchas caras largas, mucha oposición. Aunque también serán muchos los que se alegren porque ven en nuestras palabras el buen Espíritu, que no es otro que el de Jesús de Nazaret.

NOTA: Este trabajo fue publicado en la Revista SIC del Centro Gumilla, el 13 de octubre de 2021. Puede consultarlo a través de: <https://revistasic.org/que-nuestra-vida-grite-el-evangelio/>

EL TESTIMONIO CRISTIANO COMO BASE DE LA ACCIÓN MISIONERA EN LA IGLESIA.

“No podemos callar lo que hemos visto y oído” (Hch 4,20)

Francisco Javier González, SDB

El origen o fuente de la experiencia misionera reside en la vivencia fundante del encuentro con Dios en Jesús. “No podemos callar lo que hemos visto y oído” (Hch 4,20) ha sido la expresión bíblica utilizada por el Papa Francisco para señalar que en el origen de la misión de cada cristiano y de la Iglesia se encuentra una experiencia profunda de Dios, que llega para transformar la vida dotándola de un sentido nuevo, y cuya fuerza es capaz de hacer cambiar las actitudes de las personas que lo viven, volviéndolas más comunicativas y, por tanto, transmitiéndola mediante su propia vida.

En tal sentido, la acción de los misioneros se produce más por contagio que por proselitismo: ¿por qué son así? ¿por qué viven de este modo? De aquí la necesidad de explorar lo que la Sagrada Escritura ha entendido, a lo largo de la historia de la salvación, como “testimonio” y como “testigo, portador de un testimonio”. Dicha exploración será la que nos ocupe en las siguientes páginas como modesta contribución en la preparación del DOMUND de este año 2021.

Antiguo Testamento

I. El testimonio de los hombres

Rendir testimonio, *martyria*, en griego, consiste en dar fe, dejar constancia sobre la realidad de un hecho, de un acontecimiento, otorgando a dicha afirmación toda la solemnidad que exigen las circunstancias. La Biblia le presta mucha atención al testimonio que dan los hombres, resaltando su importancia y gravedad. Y así lo deja ver la Ley: “no puede haber ninguna condenación de un ser humano sin testigos” (Nm 5,13); para prevenir el error o la mala intención, se exige que haya por lo menos dos testigos (Nm 35,30; Dt 17,6; 19,15; cf. Mt 18,16); en las causas capitales, llevando la responsabilidad de la condenación, los testigos deben ser los primeros en ejecutar la sentencia (Dt, 17,7; cf. Hch 7,58). Ahora bien, la mentira se puede filtrar en ese tipo de acto donde el hombre se compromete con su palabra; ejemplo de esta realidad tenemos varios salmos que denuncian o se lamentan de los falsos testimonios:

Enséñame tu camino Yahveh, guíame por

senda llana, por causa de los que me asechan; no me entregues al ansia de mis adversarios, pues se han alzado contra mí falsos testigos, que respiran violencia (Sal 27,11-12; cf. 35,11).

En este sentido, también se conocen procesos judiciales trágicos donde dichos falsos testimonios tienen el rol esencial (1Re 21,10-13; Dn 13,34-41). En el decálogo levantar falso testimonio es prohibido severamente: “No darás testimonio falso contra tu prójimo (Dt 5,20); la enseñanza de los sabios no se queda atrás al respecto:

Seis cosas hay que aborrece Yahveh, y siete son abominables para su alma: ojos altaneros, lengua mentirosa, manos que derraman sangre inocente, corazón que fragua planes perversos, pies que ligeros corren hacia el mal, testigo falso que profiere calumnias, y el que siembra pleitos entre los hermanos. (Pr 6,16-19; cf. 14,5.25; 19,5-9; 21,28; 24,28; 25,18).

II. El testimonio de Dios

Dios es testigo: por encima del testimonio del hombre se encuentra el testimonio de Dios que nadie puede contradecir. Él es el testigo supremo a quien se puede apelar para refutar los falsos testimonios de los hombres:

¡Tierra, no cubras tú mi sangre, y no quede en secreto mi clamor! Ahora todavía está en los cielos mi testigo, allá en lo alto está mi defensor (Job 16,18-19).

El testimonio de Dios en la Ley y por los profetas

Sin embargo, el testimonio de Dios se entiende sobre todo en otro sentido, estrechamente unido a la doctrina de la Palabra. En primer lugar, Dios da testimonio de Él mismo, revelando el sentido de su nombre; parafraseando el significado de Ex 3,14 tendríamos lo siguiente: “Yo soy el que estaré contigo, Moisés, con ustedes, pueblo mío, para sacarlos de Egipto, de la casa de la esclavitud, lo verán, póngase a caminar. De este modo, la revelación del nombre de Dios en la Biblia constituye, más que una definición precisa de su esencia, una promesa de acompañamiento fiel y eficaz con relación a un pueblo que se encuentra en una situación desesperada. Al atestiguar que Él es el Dios único, Yahveh, lo hace por medio del sello de su acción liberadora en la historia:

Entonces pronunció Dios todas estas palabras diciendo: “Yo, Yahveh, soy tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre” (Ex 20,1-2).

Así muestra el Señor que su palabra, con la que se compromete, no es hueca, no es vacía, sino eficaz, fidedigna porque cumple lo que promete; su hablar es performativo porque hace lo que dice (Ez 37,14).

Testimonio hecho sobre juramento (Is 45,21-24) que funda el monoteísmo de Israel. Pero Dios también da testimonio acerca de los mandamientos que contiene la Ley. Es por este motivo que las tablas de la Ley son llamadas el “testimonio” (Ex 25,16). Colocadas sobre el arca de la alianza, las tablas de los mandamientos

hacen de ella el arca del “testimonio”. Y así también la tienda del “testimonio”.

Hay, en fin, un testimonio divino del cual los profetas son portadores. Se trata de una afirmación solemne que tiene como marco el proceso judicial entablado por Dios en contra de su pueblo infiel: “Escucha, pueblo mío, que hablo yo, Israel, yo doy testimonio contra ti. Yo, el Señor, tu Dios” (Sal 50,7). Testigo de quien nadie escapa, Dios denuncia todos los pecados de Israel. Dios, él mismo se hace testigo, para obtener la conversión de los pecadores.

III. Los testigos de Dios

Como en los pactos humanos, los compromisos entre Israel y Dios son confirmados por signos que atestiguan contra el pueblo en caso de infidelidad; por ejemplo, el libro de la Ley (Dt 31,26); también, el cielo y la tierra pueden hacerse cargo de este testimonio (Dt 4,26). Sin embargo, existe una misión de “testigo” que solo los hombres pueden cumplir. Para dicho encargo hace falta que Dios llame, que Él tome la iniciativa. Es el caso de los profetas. Es el caso de Israel, todo entero, encargado de testimoniar en favor de Dios delante de los otros pueblos, atestiguar que solo Él es Dios (Is 43,10s.), contrariamente a los ídolos que no pueden dar testimonio a su favor. La infidelidad de Israel del pueblo-testigo no suprime la razón de ser de su elección. Israel debe encontrar en esta vocación una fuente de confianza y esperanza (Is 44,8).

Nuevo Testamento

I. Del testimonio de los hombres al testimonio de Dios

Como en el AT, el NT condena el falso testimonio, del cual podemos encontrar ejemplo en el proceso de Jesús (Mt 26,59-65) y de Esteban (Hch 6,11ss). Para su disciplina interna, la comunidad cristiana retoma la regla de dos o tres testigos formulada por el Deuteronomio (Mt 18,16). Sin embargo, la noción de testimonio se ensancha sobre todo en una dirección menos jurídica: del hombre bueno, aquellos que lo conocen dan un buen testimonio. En esta línea tenemos los siguientes ejemplos: testimonio sobre Cornelio en Hch 10,22: “el centurión Cornelio, hombre justo y temeroso de Dios, con buenos informes en su favor, dados por toda la nación judía, ha sido avisado por un ángel santo para que te hiciera llamar a su casa y te escuchara”; testimonio sobre Ananías en Hch 22,12: “un tal Ananías, hombre religioso conforme a la Ley, con buenos informes de parte de todos los judíos residentes en Damasco, fue a verme, se acercó y me dijo...”. Aquí el testimonio adquiere netamente un valor religioso: nuestra vida cristiana no hace de nosotros una especie de “islas”; ella se desarrolla en presencia de una multitud de testigos que nos animan y llenan de fervor: no solamente los vivos (1Tim 6,12), sino también aquellos que nos han precedido en la fe (Hb 12,1ss). Dios mismo es el primero

de estos testigos: Él da buen testimonio de los santos del AT (Hch 13,22): “encontré a David el de Jesé, un hombre según mi corazón, que hará todo lo que yo quiera”; como también de los recién convertidos venidos del paganismo: “Hermanos, ustedes saben que desde los primeros días Dios prefirió que los gentiles escucharan por mi boca la palabra del Evangelio y abrazaran la fe; y Dios, que conoce el corazón, dio testimonio en su favor dándoles el Espíritu Santo igual que a nosotros” (Hch 15,7-8).

II. El testimonio de Jesús

Es en torno a Jesús que se esclarece en plenitud el sentido de la realidad contenida en el término testimonio, con relación al sentido que éste conservaba en la Ley y en la predicación profética. Jesús es el testigo fiel por excelencia (Ap 1,5; 3,14), él ha venido al mundo para dar testimonio de la verdad:

Entonces Pilato le dijo: “¿luego tú eres Rey?”. Respondió Jesús: “Sí, tú lo has dicho, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz” (Jn 18,37).

Él da testimonio de lo que Él ha visto y oído del Padre (Jn 3,11); él da testimonio en contra del pecado del mundo (Jn 7,7); su confesión delante de Pilato es un testimonio supremo que hace manifiesto el plan divino de la salvación

(1Tim 6,13; 2,6). Ahora bien, este testimonio, rechazado por el mundo incrédulo, posee un valor jurídicamente incontrastable porque otros testimonios lo apoyan: el testimonio de Juan el Bautista, el testimonio de las obras realizadas por Jesús encomendadas por el Padre, el testimonio del Padre mismo (Jn 5,31ss; 8,16ss.), manifestado claramente por Él en las Escrituras (Jn 5,39ss); y que debe ser recibido si no se quiere hacer de Dios un mentiroso:

Si aceptamos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios, pues este es el testimonio de Dios, que ha testimoniado acerca de su Hijo. Quien cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo. Quien no cree a Dios le hace mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Quien tiene al Hijo tiene la vida; quien no tiene al Hijo no tiene la vida. (1Jn 5,9-12).

A esto se añade, en la experiencia cristiana, el testimonio del agua bautismal y la sangre eucarística que testimonian, dentro de su lenguaje de signos, la misma cosa que testifica en nosotros el Espíritu Santo. El Espíritu que nos ha sido donado da testimonio sobre Jesús (Jn 15,26), y testimonia también que nosotros somos hijos de Dios (Rm 8,16). Acogiendo todos estos testimonios, nos hacemos dóciles, en resumidas cuentas, al testimonio de Jesús, y así entramos en la vida de fe.

III. Los testigos de Jesús

El testimonio apostólico: para alcanzar a todos los hombres del mundo, el testimonio adquiere una forma concreta: la predicación del evangelio. En efecto, para llevar el evangelio al mundo entero, los apóstoles son constituidos “testigos” por Jesús

Los que estaban reunidos le preguntaron: “Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el reino de Israel?”. Él les contestó: “A vosotros no os toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad, sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra”. (Hch 1,6-8).

Ellos deberán dar testimonio solemne delante de los hombres de todos los hechos acontecidos desde el bautismo de Juan a la ascensión de Jesús, y especialmente la resurrección que ha consagrado su señorío. La misión de Pablo se define en los mismos términos: en el camino de Damasco él ha sido constituido “testigo” de Cristo delante de todos los hombres (Hch 22,15; 26,16); en tierra de paganos él da testimonio de la resurrección de Jesús (1Co 15,15); y la fe nace en las comunidades por la aceptación de este testimonio:

Estos sufrirán la pena de una ruina eterna, alejados de la presencia del Señor y de

la gloria de su poder, cuando venga en aquel Día a ser glorificado en sus santos y admirado en todos los que hayan creído pues nuestro testimonio ha sido creído por vosotros (2Tes 1,10; cf. 1Co 1,6).

Los creyentes que han aceptado este testimonio apostólico poseen desde ahora en ellos el mismo testimonio de Jesús, que es la profecía de los tiempos nuevos (Ap 12,17; 19,10). Es por esta razón que los testigos encargados de transmitirlo reactualizan los rasgos de los profetas del AT, y sobre todo los rasgos de Jesús, el mártir por excelencia: el martirio es el testimonio de la fe consagrado por el testimonio de la sangre.

IV. “No podemos callar lo que hemos visto y oído” (Hch 4,20)

El contexto donde se encuentra esta frase es la represión de las autoridades y el testimonio de Pedro por el hecho de la curación del paralítico que pedía limosna en la puerta hermosa del templo. El primer testimonio de Pedro (Hch 4,5-12) se da en un contexto institucional de alta jerarquía: en Jerusalén, en el Sanedrín, con las más altas autoridades (jefes, ancianos, escribas y los sumos sacerdotes). Pedro y Juan son interrogados sobre el poder que ellos tienen, y en nombre de quién han actuado. La misma pregunta hicieron a Jesús en el templo (Lc 20,1-2). La respuesta de Pedro, un pobre pescador de Galilea, resulta también muy formal y con autoridad, pues habla “lleno de Espíritu Santo”:

Jefes del pueblo y ancianos, puesto que con motivo de la obra realizada en un enfermo somos hoy interrogados por quién ha sido este curado, sabed todos vosotros y todo el pueblo de Israel que ha sido por el nombre de Jesucristo, el nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos (Hch 4,8-10).

El tullido ha sido sanado por el nombre de Jesús, a quienes los jefes del pueblo crucificaron y Dios resucitó de entre los muertos. La reacción de los jefes del Sanedrín expresa su total derrota frente a Pedro y Juan (Hch 4,13-17). Lucas usa tres verbos en imperfecto, lo cual indica una acción prolongada y persistente en el pasado: se admiraban, reconocían y no tenían nada que replicar (el sujeto de los tres verbos es el mismo= los jefes del Sanedrín). Reconocían que Pedro y Juan eran discípulos de Jesús y al mismo tiempo veían de pie junto a ellos al hombre sanado. Y la conclusión es obvia: no tenían nada que replicar.

Sin embargo, como no pueden negar la evidencia de la curación del tullido, recurren a lo único que pueden manejar: la amenaza. No se niega el signo, pero se reduce al silencio a sus testigos. Es impresionante la similitud con Jn 11,45-54 donde también se reconoce el signo realizado por Jesús, la reanimación de Lázaro, pero deciden matar a Lázaro para que el signo no tenga impacto en el pueblo.

El segundo testimonio de Pedro y Juan es

más radical (Hch 4,18-32): Les preguntan a las autoridades que les han prohibido, so pena de amenaza, divulgar lo acontecido:

Disciernan si es justo delante de Dios escucharlos a ustedes más que a Dios, **puesto que nosotros no podemos no hablar de lo que vimos y oímos** (Hch 4,20).

La función del Sanedrín es discernir los hechos y Pedro los llama a ejercer esa función, pero la respuesta de los jefes, escribas y ancianos de Israel es otra vez la amenaza:

Quando los soltaron, Pedro y Juan fueron a los suyos y contaron lo que les habían dicho los sumos sacerdotes y los ancianos. Ellos al oírlo, con un mismo espíritu levantaron la voz hacia Dios y oraron... Pues bien, Señor, fíjate en sus amenazas y concede a tus siervos exponer tu palabra con toda libertad, extendiendo tu mano para que haya curaciones, señales y portentos por el nombre de tu santo Hijo Jesús. Y cuando ellos acabaron la oración retendió el sitio en el que estaban reunidos, y todos se llenaron del Espíritu Santo, y exponían la Palabra de Dios abiertamente” (Hch 4,23-31).

El fruto del testimonio dado y mantenido con valentía (parresía) es el fortalecimiento de la comunidad cristiana. El testimonio de Pedro y Juan ha producido una oración de reconocimiento del actuar salvífico de Dios en la historia que ha desembocado en una súplica.

A través del ejercicio del dar testimonio de lo que han visto y oído la comunidad cristiana evangeliza y se evangeliza.

El “no podemos no hablar de lo que vimos y oímos” más que el enunciado de un compromiso moral que apela a la coherencia como personas, es un dinamismo de vida interior que se ha recibido gratuitamente e impulsa a comunicar al mundo que Dios ha irrumpido decisivamente en la historia por medio de Jesús, el Hijo, por quien somos hijos del Padre, y hermanos todos en él, nuestro Hermano mayor. Y ésta constituye la mejor noticia que el mundo haya podido recibir: “Míranos, no tengo plata ni oro, pero lo que tengo, eso te doy: en el nombre de Jesús el Nazareno, ¡camina!” (Hch 3,4-6).

En definitiva, el testigo es aquel que da testimonio, con su vida y su palabra, de lo que experimentó por gracia, mediando la comunidad creyente; o, dicho de otra manera, testigos son los que una vez atraídos, ahora atraen: “Y yo cuando sea elevado de la tierra atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,32; cf. 3,16).

Lo que hemos visto y oído, no podemos callarlo... Llamados a ser fuego que devora; corazones apasionados por el anuncio del Evangelio... danos ver aquello que necesitamos poner a arder en tu presencia. Arrasa con todo lo que nos mantiene separados de ti... sé fuego que pone luz a nuestras oscuridades... presencia que hace arder nuestro corazón por el amor compartido.

Referencias Bibliográficas

Xavier-Léon-Dufour, *Vocabulaire de théologie biblique*, Paris 2003.

Armando Levoratti (ed.), *Comentario bíblico latinoamericano*, Estella 2005.

AA.VV., *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Barcelona 2003.

F. J. González C., “El paradigma eclesiológico joánico”, en *ITER. Revista de Teología*, (78-79 – 2019), 7-16.

TODA EXPERIENCIA DE MISIÓN HABLA AL CORAZÓN

Ileana Tolosa

Hermana del Ángel de la Guarda

En este día se pide hablar al corazón. Si tomamos la definición bíblica, corazón es el lugar del conocimiento. Conocer en el mundo hebreo es amar. Corazón es el lugar donde se conoce, se ama. Es decir, donde se va configurando la persona como tal y vamos guardando lo que nos hace crecer, madurar, superando cualquier indiferencia que nos encapsula y aísla de los demás desentendidamente. Siendo así, ¿qué tanto está abierto nuestro corazón a la novedad, a lo distinto, a lo hermoso, a lo imposible? Según sea la apertura dialógica desde el corazón habrá oportunidad de testificar sobre aquello que aparece como imposible. Por lo que, abriré mi corazón en la medida que vaya compartiendo parte de lo que supone ser misionera en mi país y desde la educación, proclamando que sin ser mi profesión he descubierto y reconozco que sí es mi vocación.

ABRIENDO EL CORAZÓN

Abrir el corazón no es otra cosa que tomar conciencia del entorno, y desde él todo el entramado de relaciones que dan cuerpo al ámbito escolar en un centro educativo. Acercarse a lo que vive cotidianamente cada persona, que forma parte de la escuela, amerita

la ternura y la templanza de quien se descalza y consiente entrar, pisar y permanecer en esta tierra sagrada. Dado que el Amor que acuna el corazón no descarta nada ni a nadie, porque su naturaleza es incluyente; hoy más que nunca, en la educación toca contar con todo: lo que alegra y lo que hace sufrir, lo que es grato y lo que no lo es tanto, lo que empuja a avanzar y lo que estanca, lo que implica disenso y lo que anima al consenso, lo semejante y lo diferente, lo nuevo y lo viejo... Por ser lugar de encuentro y coincidencias también revela la actualidad del llamado a humanizarnos personal y comunitariamente siempre en respectividad.

También es cierto que nos hemos enterado que coincidimos en una casa común. La misma que sufre los embates de la dejadez, la insolidaridad, la explotación y el abuso. Es en este ambiente en el que el mundo relacional también sufre y, en consecuencia, el mundo interior no escapa a esta embestida que deshumaniza cada vez más. De allí, que lidiar con todo esto dado y no dejar de querer dar lo mejor en un espacio educativo, requiere una consciente atención, no solo para saber abordar sino también para saber actuar.

Vivir esta realidad actual tiene su tono muy

particular. Ser educador hoy día es mucho más que ir contra corriente. Pues, parece que la intención dominante es entronizar la indiferencia en el reino del caos, dando rienda suelta a la anarquía y al egoísmo. Sin embargo, lo grandioso es pensar y creer que en medio de este reino caótico Dios se abre paso, “porque para Él nada es imposible” (Lucas 1,37). Se abre paso cuando palabras, gestos y presencias sencillas resultan destellos y chispazos de misericordia, su modo de concebir la justicia. Nos abre su corazón a golpe de esperanza puesta en esos destellos en los que surgen propuesta de animar la creación de alianzas para que, todos y juntos, podamos suscitar ambientes a base de relaciones que se fraguan mutuamente y cuya calidad es humana. Contar unos con otros y hacer equipo. No vivir funcionando según el querer o interés de uno o algunos. Contarnos aún sabiendo que la realidad muchísimas veces nos desborda. Contarnos en la medida que valoramos la vida, el trabajo, el esfuerzo y el deseo que cada uno aporta. Contarnos y así juntos sostenernos como escuela (Cfr. Fratelli Tutti 8).

Toca negarse al fracaso de la pedagogía como luz en nuestra sociedad. Rebelde negación que nos hace pensar tanto en la capacidad de tender la mano para llevar a la didaskaleía o palestra actual, como también en la capacidad de tenderla para asirse y dejarse llevar. ¿Qué sería necesario para que esto suceda?; el encuentro. No como definición teórica, sino como realidad donde coinciden historias y personas en relación. Hablamos de

una experiencia de mutuo acompañamiento; hablamos de la relación entre la enseñanza y el aprendizaje. Hablamos que en la escuela nos humanizamos todos si existe la implicación en mutua y múltiple referencialidad.

Luego también está la imperiosa necesidad de acompañantes que, como el ángel, asumen su responsabilidad de pedagogos y llevan de la mano por el camino de humanización. Resilientes acompañantes dando rostro a la pedagogía. Aprender a distinguir dones y actitudes para saber proponer, saber acompañar y dejarse acompañar... haciendo equipo con cada familia, cada institución de la naturaleza que sea. Acompañantes que ayudan a entrar en contacto con la vida y darles el justo lugar a los pequeños detalles.

¡Es compleja la situación! Sí. Y es aquí donde considero que la educación, en lugar de sumirse en el desespero de creer naufragar en el mar de la indiferencia, aún en crisis económica compleja y pandemia, ha de reconocer la valiosa compañía de la fe, nunca ausente, en la recuperación de la vivencia de los valores. Eso sí, no cualquier fe. En este contexto, y es lo que puedo ofrecer, hablamos de la fe cristiana, esa que tiene como centro y referente a la persona de Jesús, el judío marginal de Nazaret. El hombre por excelencia que movido por la fuerza del Espíritu reconoció al Padre en su ser, en su interioridad relacional, y sacándolo como lo mejor de sí nos lo ofrece como donpreciado. Siendo Hijo nos lleva al Padre y a la vez nos hace hermanos. Así, tenerlo como referente

es asumir sus coordenadas desde las que nos atrae y envía, sus palabras y gestos. Porque, además, pareciera que vivimos un tiempo en el que el creyente ya no percibe que la fe aporte algo específico a su compromiso humano.

SUPERAR LA INDIFERENCIA EDUCANDO EL CORAZÓN

La capacidad de hablar al corazón no niega ni es menos que el hablar a la razón. Cada ser humano cuenta con este potencial en su naturaleza. Así, relacionar el ser femenino con lo propio de ser testigo y dar testimonio, no implica más que vida valorada en toda la extensión de lo expresado. Es superar ese enfoque romántico y un tanto peyorativo que se atribuye al aporte, de la índole que sea, que es y da la mujer.

Por años, de generación en generación, mujeres y hombres que viven de fe no han podido callar lo que han visto y oído. Han vivido y percibido la acción salvífica universal de nuestro buen Dios. Es imposible contener la bondad y sus efectos encerrados y en silencio. La Bondad es el brillo con el que reluce tanta humanidad de miles de anónimos y otros tantos conocidos que dejan a Dios ser Dios en su cotidianidad, en su vida. Bondad que según la realidad y contexto fácilmente se casa con la generosidad, la solidaridad, la justicia, la caridad, la esperanza.

Son estos que me atrevo a llamar “buenos de Dios” los que desestabilizan ideas y conceptos

preconcebidos de quienes se saben enviados, misioneros de Dios y terminan transfigurados al contacto, escucha y cercanía de estos hijos de Dios, porque su objetivo es salir a evangelizar y terminan siendo evangelizados por la gente humilde y sencilla. Sí, los mismos a quienes Dios se revela sin tanto protocolo.

Permítanme valarme de la experiencia de tres mujeres y compartir lo que cada una a su modo ofrece elementos que renuevan en la misión siendo testigos de lo imposible. Su confianza en Dios es el sustento para vivir de fe con los pies en la tierra y sumarse en valores a dar respuesta a la realidad proponiendo estrategias para superar indiferencias y todo cuando sea contrario al modo de Dios e intentar aplicar en la vida de la escuela.

MIRIAN, HABLA AL CORAZÓN DE LA MEMORIA DE ISRAEL AL SER HERMANA

En los inicios del libro del Éxodo no sólo está guardada la memoria de Israel como pueblo liberado, sino todos y cada uno de los elementos que comprenden dicha acción salvífica. Junto al recuerdo agradecido de los hebreos por José, también está la participación de las parteras a favor de la vida (Cfr. Éxodo 1,15-21). Pero en esta oportunidad resaltaré la figura de la joven hermana de Moisés, Mirian (Cfr. Éxodo 2,1-10; 15,20-21)

Ella aparece como lo que es, hermana en

todo tiempo y lugar. Esta certeza cuaja y toma consistencia en la vida y sus avatares. Ser hermana con mirada y oídos atentos y puestos en la realidad. Mirian sabe de la orden del nuevo rey de Egipto, también sabe de la acción salvadora de las parteras, con lo cual es consciente que hace 3 meses la vida de su hermanito está en peligro y ya no resulta fácil el mantenerlo oculto.

Ante la determinación de la mamá, ella, la hermana, se mantiene prudentemente cercana del pequeño que lo han dejado en el río y metido en un cesto. Se mantiene “a ver qué pasa” y ante sus ojos comienza a ocurrir lo que quizá para sus paisanos hubiese sido imposible. La hija del faraón, sabiendo que es un niño hebreo, opta por protegerlo y se lo confía a la joven Mirian, quien adelantándose ofrece su ayuda para buscar una mujer hebrea que lo críe el tiempo necesario. Lo imposible se hace visible, la hermana pone al pequeño con su madre. Ante todo, resguarda el vínculo de vida que sostiene y alimenta. Ser hermana acá es actuar de modo audaz para custodiar la vida indefensa y amenazada. Se adelanta de manera propositiva cuya razón de ser es la defensa de la vida, restaurar lazos esenciales y no perder la referencialidad a sus raíces y cultura.

Más que anotarse como indiferentes y mucho menos en actitudes como la de Caín: «¿Acaso yo soy guardián de mi hermano?» (Génesis 4,9), la propuesta es conocer el corazón de la realidad, de la historia y actuar consecuentemente,

como afirma el Papa Francisco: “Acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto...” (Fratelli Tutti 198). La acción de esta joven hermana habla al corazón de la historia que da identidad a su pueblo. Habla de protección, habla de resguardo de lazos vitales que sostienen y empujan, habla de astucia para acertar con palabras y gestos oportunos.

Ser “Mirian” en la escuela de hoy es estar bien conscientes de la realidad que nos arroja por igual, pero no dejarnos atrapar por ella. Claridad de ideas y mirada que avizoren un horizonte posible y mejor en nuestro país; corazón conectado al corazón de la historia, especialmente a la de quienes la construyen en la escuela a diario; pies prontos y ligeros para recuperar o restaurar esos lazos “aparentemente” nulos en nuestra sociedad venezolana: “*Un ser humano está hecho de tal manera que no se realiza, no se desarrolla ni puede encontrar su plenitud «si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás»¹*. No sólo ‘ver qué pasa’ con los niños, adolescentes y jóvenes que se nos confían, sino también con la infravaloración laboral del personal que labora en la institución y padece carencias y realidades que muchas veces lo superan...allí toca quedarse cerca y ser cercanos.

1 PAPA FRANCISCO: Encíclica Fratelli Tutti Nro 87

MUJER SIROFENICIA: CUANDO LA FE ARRANCA UN MILAGRO DEL CORAZÓN DE DIOS

Los buenos de Dios, los llenos de Dios, abundan en la historia, en cada cultura y generación. En nuestra dinámica misionera de fe sólo hay hermanos, filiados al Padre por el Hijo. Dejemos que sea ahora una anónima del Evangelio quien nos ponga ante lo humanamente imposible. Y esta también va por los migrantes de todas las épocas.

Teniendo la referencia de Mateo 15,21-28// Marcos 7, 24-30: sabemos que es Jesús quien anda en tierras extranjeras donde se encuentra con una madre que no hace más que implorar por la salud de su hija. La mueve la necesidad y la esperanza que la habitan. La necesidad afina el tino para dar con quien la puede ayudar, la esperanza la mueve a dar el paso de fe y pedir la compasión concreta de Jesús de Nazaret: “Señor, hijo de David, ten piedad de mí”

Jesús por su parte aparece como haciéndose el desentendido, pues Él está claro que la salvación es para los hijos de Israel. Ella por su parte no deja de gritar, y es tan fuerte e insistente que son los discípulos los que ahora se suman a la cadena de intercesión (aunque sea por el fastidio). Vemos que Jesús aún se mantiene en su cuadrante de judío heredero de alianza de Yahveh y sus dos primeras respuestas serán la negación para acceder a la petición.

Por su parte, la cananea no niega ni le quita

valor al criterio de Jesús, a lo que se niega es a creer que un hombre que hace tanto bien, no pueda permitirle un poquito de su Dios, ella se resiste a creer que el Dios de la vida se niegue también a darse, aunque sea en una migaja, en darse en lo que desechan sus hijos, y para quien sea. Entonces el milagro no es sólo la curación de la hija sino la certeza férrea de una fe humilde de que Dios no abandona. Fe que se aferra a un Dios sin afueras, cuyo nombre es amor y su apellido es inclusión. Milagro es que para quien no tiene más nada que su fe y su esperanza, una migaja, un poquito, un ratito, es lo que espera y le es “suficiente” para que Dios le dé todo su amor. ¡Y eso es grandioso!

Es que Dios cabe, se desparrama y supera lo distinto, lo adverso y lo mínimo; y siempre se manifiesta como novedad. No uniforma porque aconteciendo en lo real del diálogo es evidente el encuentro donde es superada y/o suprimida cualquier barrera excluyente que nos aleja a unos de otros. Algo así como lo que logran compartir tantos hermanos migrantes. Un vaso de agua, una cobija, un trozo de pan, un tapabocas, un par de guantes, un ratito bajo techo, minutos de escucha.

La fe de esta mujer cananea abre el horizonte de la misión de Jesús y lo revela como el hermano universal. Ambos son extranjeros, todos somos migrantes cruzando fronteras o no. Quizás caben preguntas como ¿hasta cuándo seremos señores explotadores de lo que se nos dio a cuidar y trabajar productivamente? ¿Cuántos seres humanos sin derechos

seguirán produciendo los poderes establecidos e instaurados como fábricas de movilizaciones humanas buscando mejores condiciones para vivir? ¿Hasta cuándo tanta xenofobia en nuestro mundo?: *“Entonces nadie puede quedar excluido, no importa dónde haya nacido, y menos a causa de los privilegios que otros poseen porque nacieron en lugares con mayores posibilidades. Los límites y las fronteras de los Estados no pueden impedir que esto se cumpla. Así como es inaceptable que alguien tenga menos derechos por ser mujer, es igualmente inaceptable que el lugar de nacimiento o de residencia ya de por sí determine menores posibilidades de vida digna y de desarrollo”*²

Ahora, la sirofenicia en la escuela anima a poner el corazón en el mismo palpitir de Dios. Poner a la persona en el centro de la misión. Acompañando y poniéndose al lado sin pretender ser poseedora de la verdad absoluta. En lo poquito que tenemos en este momento, hablo de recursos de todo tipo, Dios se da y de sobra cuando ese poquito es dado con alegría y esperanza. Así estemos abrumados por el cansancio y la desesperanza, en lo poquito que podemos sentir y creer que damos como educadores, Dios se da por completo a sus hijos muy amados. Su darse por completo no es medido en proporción a nuestras fuerzas, por el contrario, se da por ellos y por nosotros mismos. Estamos en situación crítica, pero eso no elimina la hondura del trabajo de la

escuela que impacta a la familia y, por ende, a la sociedad.

LO IMPOSIBLE DESDE EL CORAZÓN DE VENEZUELA

Y finalmente, me atrevo a nombrar aquí a la Sra. Carmen Ortega. ¿Quién es ella? Una mujer del llano venezolano, como muchísimos venezolanos que conocemos. Ella se nos ha hecho visible recientemente, gracias a la intercesión atribuida al Dr. José Gregorio Hernández. Si, es nada más y nada menos que la madre de la niña beneficiada por el milagro de sanación: Yaxury Solórzano.

Llama la atención que, en Guárico, corazón geográfico del país, la niña es herida en un hecho de violencia, cuando son interceptados por delincuentes cuyo objetivo era robar. En ese hecho, Guárico grafica lo que desde hace tiempo azota a Venezuela. Acciones de violencia que irrespetan de todas las maneras la vida sin ser resguardada, aunque sea un derecho inviolable.

Según narración hecha por ella misma, confía a Dios la vida de su hija y pide al querido médico de los pobres que interceda, que haga algo por su niña, porque no quiere repetir la pérdida de otro hijo. Petición confiada ante quien siente y sabe cercano especialmente de los que no tienen chance a nada. Los más vulnerables que viven en constante vía crucis para acceder a medios que satisfagan hasta sus necesidades

2 PAPA FRANCISCO: Encíclica Fratelli Tutti Nro 121

básicas o servicios mínimos como ciudadanos.

Todos conocemos detalles de esta historia, pero los animo a conocer y contemplar esa experiencia de fe humilde y confiada. Vayamos más allá de las figuras de la niña Yaxury y el nuevo Beato Dr. José Gregorio Hernández, porque sería bueno pensar en la bondad de esta mujer que antes que sentirse abandonada por Dios, se aferra a Él y conecta su corazón dolido con el corazón de Dios que se compadece por realidades injustas que viven sus hijos. Obviamente es invitación para todos, confieso es una inquietud que surgió al verla en los medios de comunicación y refleja esa manera confiada de relacionarse con Dios.

Carmen Ortega, como madre, se hermana con aquellos que van a favor de la vida. Se pone al lado de la hija herida de muerte y

de los médicos que cuidan la vida; ella solo arrima su fe. Porque pareciera imposible que hasta en un hecho violento Dios ponga vida y vida abundante. ¿Cuántas veces en y desde la escuela somos testigos de esta particular manera de proceder de Dios sacando vida de en medio de la violencia? Sin que por ello tengamos que acostumbrarnos y tomarlo como normal. No callar lo visto y oído también implica el justo reclamo por la seguridad que todo estado debe garantizar a sus ciudadanos sean de la región que sea, y cuando haga falta alguna asistencia poder contar con todo lo necesario.

Cuando una mujer habla al corazón sin duda lo hace al corazón de la historia, de cada historia y lo hace con palabras, gestos y muchos silencios.

TESTIGOS DE LO IMPOSIBLE; ACOMPAÑANDO A LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Luis Ventura

**Laico Misionero del Conselho Indigenista Missionário (CIMI),
Diócesis de Roraima, Brasil**

Soy misionero laico de la Consolata de origen español, casado, padre de 4 hijos, misionero en Boa Vista, capital del estado Roraima, al norte de Brasil, muy cerquita de la frontera con Venezuela, con el Estado Bolívar, con la Gran Sabana y con Santa Elena de Uairén, con la tierra del pueblo Pemón, el pueblo Yekuana, el pueblo Yanomami. Llegamos aquí en el año 2002, hace ya casi 20 años; en estos 20 años la mayor parte del tiempo hemos estado aquí en Roraima trabajando con los pueblos indígenas y para trabajar desde esa fuerza, desde ese fuego que uno siente al principio y que nunca se ha apagado en realidad, ese fuego de no podemos dejar de hablar, que es el lema del Domund de este año, no podemos dejar de hablar, de ese fuego que te arde desde adentro y te anima a seguir, a salir, que te anima a ir al encuentro con el otro.

Salimos cuando teníamos 29, 30 años y hoy después de casi 20 años aquí en Brasil, estamos también con esa seguridad, con ese fuego, con eso de no querer callar lo que hemos visto y oído. Actualmente trabajo en el Consejo Indigenistas Misionero (CIMI), que es una entidad que está vinculada a la conferencia

de los obispos de Brasil y que está a punto de cumplir 50 años en la defensa de los derechos de los pueblos indígenas, la presencia de CIMI aquí en Brasil significó al inicio de la década de los 70, después del Concilio Vaticano II, el encuentro de Medellín, significó de alguna forma un cambio sustancial muy grande en lo que fue la relación de la Iglesia con los pueblos indígenas y muy enfocada ahora a la defensa de los derechos, a la defensa de las tierras de los pueblos indígenas y con muchas ganas de contar lo que hemos visto y oído porque una de las primeras cosas que me parece importante es que la misión junto a los pueblos indígenas nos ha marcado mucho, de alguna forma es el encuentro con el otro lo que te hace transformar totalmente, tu experiencia de Dios, transformar la misión, transformarse en el fondo también, y realmente la vivencia con los pueblos indígenas nos ha ido cambiando, transformando nuestra experiencia.

Quiero compartirles un poco lo de ser testigos y el no callar, lo que hemos visto y oído con tres ideas, tres cosas que hemos aprendido con los pueblos indígenas, que hemos aprendido en este tiempo de misión, que hemos visto y oído

y que nos ha transformado por dentro, que no podemos dejar de hablar. La primera es, desde que nosotros llegamos aquí en enero del 2002 nos dimos cuenta, en seguida, que la misión de los pueblos indígenas se da en un contexto de conflicto, esto es algo que no es fácil de aprender, no es fácil de asimilar en un primer momento porque llegas con una imagen no sé si más romántica de la misión, más idílica, más tranquila, tal vez, pero uno se da cuenta, es una realidad que nos transformó muchísimo.

Llegamos a Roraima a trabajar y nos encontramos con una realidad y es que los pueblos indígenas tienen más de 30 años luchando por el reconocimiento de su territorio, había todavía grandes intereses de capital dentro de esos territorios, había la presión de grandes plantadores de arroz que estaban ocupando áreas inmensas de territorio indígena para plantar arroz para exportación y que también lo que significaba todo lo que era parte del espacio la contaminación, las fuentes de agua y mucha violencia contra los pueblos indígenas. Nosotros llegamos a Roraima en ese ambiente y lo que conocíamos era por algunas cosas que habíamos leído, no lo conocimos realmente hasta que lo encontramos.

Nosotros fuimos a trabajar a una escuela de formación de jóvenes indígenas muy vinculada al movimiento indígena, muy vinculada también a lo que era la formación de líderes indígenas y a partir de ahí empezamos a descubrir con ellos la lucha por la vida, la lucha por el territorio y por lo tanto, en una situación de conflicto, y

el conflicto estaba muy cerca de ti y empiezas a aprender eso, que la misión se da en el conflicto y que eso es la propia experiencia de la misión. El centro donde vivíamos sufrió varias agresiones, varias violencias contra el centro de formación, hubo el secuestro de un compañero misionero y en septiembre de 2005 hubo un atentado criminal hacia el centro de formación por parte de los grandes hacendados que ocupaban el territorio, quemaron el centro de formación totalmente y entonces empiezas a aprender que es eso, es ahí en esas realidad donde hay una situación de opresión, de dominación, una situación de violencia, una situación de injusticia donde de hecho se da la misión, en el conflicto.

Hoy en día después de 20 años, los pueblos indígenas aquí en Brasil, están viviendo uno de los peores momentos, es una situación muy difícil, desde el tiempo de la red de democratización es el peor momento porque los derechos de los pueblos indígenas están más agredidos y que es lo que pasa, que a partir de ahí empiezas a vivir la misión desde la experiencia de liberación, esa experiencia del pueblo de Israel, ese éxodo, esa experiencia de “escuché el clamor de mi pueblo y he decidido bajar a liberarlos” y al final empiezas a ver que esa es la experiencia de la misión.

La experiencia de la misión pasa por ahí, es una experiencia de liberación a partir de una vivencia concreta encarnada en la historia, y una vivencia de opresión y a partir de ahí te encuentras tener que enfrentar los Egipto y

las Jerusalén de nuestros tiempos, de nuestra época, para no callar que, para no callar el grito de defensa por nuestra vida y ves que sí, que es verdad, que no puedes dejar de hablar, que no puedes callar las injusticias, no puedes callar la violencia, no puedes callar la tribulación, la devastación, no puedes callar el anuncio de la primacía de la vida y del reino por encima de toda violencia, por tanto empiezas a aprender que la misión es presencia concreta en la historia concreta de un pueblo, yo creo que al final la misión es ser testigo de una historia de amor de Dios con un pueblo, pero que es una historia de amor liberadora de un pueblo que está en opresión, está oprimido, es una historia de liberación y al final tu eres testigo de esa historia de amor, que es un amor liberador, de estructuras que son injustas y que impiden la vida, que impiden la paz, impiden la justicia.

Hoy en el CIMI esto se traduce en lo que hacemos todos los días en estar definiendo la lucha de los pueblos indígenas, la lucha por la tierra, por sus derechos, por el retroceso, el fortalecimiento de la organización social de los pueblos indígenas, la misión pase también por la denuncia, por estar permanentemente levantando la voz y ayudando a que los pueblos indígenas también levanten la voz contra la violencia, contra las invasiones, contra las injusticias; esto es lo primero que no hay que callar, la misión se da en el conflicto porque la misión es ser testigo de una historia de liberación de pueblos que están en situación

de opresión y esta es la experiencia del pueblo de Israel.

Lo segundo que quiero compartir es que, a pesar del conflicto, de lo que se trata es de ver la certeza de la vida, de la fe, de la esperanza, que la última palabra es de la Palabra, de la Biblia, a pesar de tanta violencia, a pesar de que a veces no hay mucha solución, es el tener la certeza de que al final, la última palabra es de la vida y esto último los pueblos indígenas no los enseñan muy claramente. Los pueblos indígenas nos muestran que vivir la esperanza como una certeza, es decir cuando se lucha, cuando nos organizamos, cuando luchamos, cuando defendemos la vida, la esperanza no es una quimera, una ilusión, algo que te gustaría que pasase, la esperanza es la certeza de que va a pasar porque la última palabra es de la vida, la última palabra es de la Palabra, la última palabra no se queda en la esclavitud, a última palabra no se queda en la muerte, la última palabra no se queda en la pasión, en la cruz, pasa por la cruz pero la última palabra es la de la vida, y esto que es algo muy de nuestra fe.

Al final acabas redescubriéndolo, resignificándolo a partir de la experiencia con los indígenas y así comprendes que la resistencia de los pueblos indígenas es como la fuerza de transformación a lo largo de la historia, ellos siguen siendo pueblos muy fuertes, muy resistentes, muy insistentes, muy persistentes y eso es lo que les da a ellos la

fuerza para ir enfrentando los conflictos desde la certeza de cuando se defiende la vida y no de la injusticia. Todo esto hace que los pueblos indígenas tengan una experiencia muy profunda del misterio, desde la espiritualidad, desde el sentido místico de la vida.

La experiencia de lo profundo, nosotros convivimos desde el principio con pueblos indígenas que se afirman pueblos cristianos, por ejemplo los últimos días de movilización indígena ellos hacían un canto que realizan muy fuerte; Si Dios está con nosotros quien estará contra nosotros... este es el principal grito de fe de un pueblo que está en proceso de liberación, es un grito en el que tu redescubres junto con ellos y te das cuenta, es verdad si Dios está con nosotros, si él está con la defensa de la vida, con la lucha de la vida, quien estará contra nosotros.

Sin embargo, también trabajamos con pueblos indígenas que no se autoafirman como cristianos, que a partir de otras perspectivas, de otras lógicas, de otros espirituales, de otro sentido del misterio de lo profundo tienen una fuerza increíble para continuar en pie, hoy la buena noticia es esta, una de las grandes buenas noticias para el mundo es esta que muchos pueblos indígenas de Brasil y de otros lugares del mundo, están en pie, están levantados, están movilizados a pesar de que la amenaza a la vida parece permanente, pero también lo es su lucha, su resistencia, su fuerza.

Hay un líder indígena que cuando le preguntaban, por qué el estado es tan agresivo contra los pueblos indígenas, que es lo que el estado tiene contra ustedes, de que tiene miedo el estado de los pueblos indígenas y el respondía, de nuestra sonrisa. Esa capacidad de mantener la fe, la esperanza y por tanto la sonrisa en medio del conflicto porque se sabe que cuando se lucha por la vida, ese sentido de la esperanza como certeza, que es algo como muy pascual, de nuestra fe también, pero que es algo que los pueblos indígenas que por estar bien justamente en esa experiencia de liberación nos los enseñan con muchísima libertad y con muchísima profundidad.

La tercera cosa que quería compartir, que tampoco se puede callar es que, tu principal palabra es tu vida, es decir, es lo que el lema del DOMUND de este año coloca, es la forma como tú vives, como tú estás y como tú eres con la gente, es tu principal palabra a veces uno se puede sentir que domina la palabra que le va a decir al otro, pero en realidad tu mejor palabra es lo que tu demuestras todos los días, es la forma como tu estás con la gente. Es la forma en la que tú crees, es la forma en la que tu animas, en la que tú fortaleces, en los lugares donde tu estás es con tu vida, con tu forma de ser y de estar, tu vida es tu principal palabra, ser testigo hoy, en el sentido de vivir al servicio de, es la principal palabra que podemos dar hoy en la misión y esto solo te das cuenta cuando otra persona te lo dice, es decir, lo que tu transmites con la vida, la palabra que tu vida expresa, es algo que no siempre dominas, es

algo en lo que Dios actúa, a nosotros nos ha pasado que aquellas cosas que nos han dicho su presencia no han marcado por esto.

Muchas veces nosotros no teníamos consciencia de que eso estuviese pasando, no era algo que estábamos haciendo conscientemente es decir, es de la forma como vives que se expresa la misión, y es la forma como vives que se expresa tu palabra porque lo contrario sería y aquí tenemos un riesgo, la misión tiene sus riesgos también y uno de ellos es que uno se convierte en un funcionario de la misión o un funcionario de la palabra es decir, que dedica a la misión lo justo, aquello parece que es lo que está contratado, funcionario de la palabra que diga las palabras justas, aquellas que dijo tantas veces, aquellas que aprendió tantas veces en cualquier lugar y de la misma forma, funcionarios de la misión, funcionarios de la palabras.

La misión es otra cosa, la misión no tiene nada que ver con un sentido de funcionario, la misión es la vida y la vida toda, en todo momento, cuando estás en una actividad pero también cuando estás con tu familias haciendo familia y aquí en Brasil concretamente cuando estás en una reunión con unos indígenas o estás en una conversación con alguien es la vida, esa es la mejor forma de no caer en el riesgo de ser funcionario de la misión y pretender ser funcionario de la misión, ser funcionario de la palabra y, cuando la vida se mezcla con la misión la palabra viene sola porque ya no es tu

palabra sino la palabra de la propia vida es la palabra que sale de la acción del espíritu.

En fin, por ir resumiendo yo creo que al final es eso, la misión la hemos aprendido a vivir así, es una historia de amor de Dios, pero un amor liberador, es una historia de amor liberador con su pueblo que estaba oprimido, ha escuchado su clamor y ha decidido bajar para liberarlo y la presencia misionera en esa realidad de conflicto, la presencia misionera en esa realidad pascual de entender que la última palabra es la de la Palabra y la presencia misionera en esa realidad de testimonio de vida en el día a día simplemente que sea una presencia, una pequeña señal, un pequeño signo de esa historia de amor liberador de Dios con el pueblo pero aquí los protagonistas son ellos, es el pueblo, es su proceso histórico en esa relación con lo profundo, con el misterio, con Dios, hacia un proyecto de libertad, un proyecto de paz, de justicia y que el misionero sea solo apenas una pequeña señal de que eso es así, y no callar, no callar nada como decía Don Pedro Casaldáliga, él tiene un poema que dice: No pedir nada. Y, de pasada, no matar nada; no callar nada. No callar las injusticias y tampoco callar las resistencias, no callar la buena noticia de los pueblos que están en pie luchando por la vida, luchando por un mundo mejor para todos, luchando por días mejores, luchando por la tierra, luchando por el agua, luchando por aquello que da sentido al proyecto de Dios.

